[Relato Corto] Una muerte heroica

Manuel C.S.

Image not found.

Capítulo 1

Estoy tumbado en el suelo. La boca me sabe a sangre y sudor. El peso de la armadura, otrora ligera, es un yunque que aplasta mi cuerpo, y hasta el maldito aire hace del martillo que lo golpea.

Por el ojo izquierdo apenas puedo ver, hay sangre donde debería haber claridad. Por el derecho le veo a él.

Alto, hercúleo. Una furia cubierta de un pelaje tan negro como la noche testigo de mi derrota. Sus piernas son musculosas, sostienen un torso ancho como el tronco de un roble anciano. Sus brazos llegan hasta las rodillas, y sus garras rozan el suelo.

Ya no me mira. Me da la espalda. Ya no soy rival. Soy vencido. Su historia sobrescribe la mía. Soy el pergamino en la chimenea. Tan solo ceniza.

Pero también la veo a ella. Mi pequeña a la que no pude proteger. Mira al monstruo que derrotó a su padre a garras y dentelladas. Los ojos de Mara admiran el pelaje del lobisome que ahora viste mi sangre. Se centran en los colmillos rojizos y en los ojos azabache.

He de protegerla. Debo hacerlo. Si brota sangre de mi pecho significa que mi corazón aún late.

He de calcularlo bien. No habrá segunda oportunidad. Agarro con fuerza la espada y planeo mis siguientes movimientos.

Uno: me levantaré, y haré gala de lo que me queda de espíritu para alcanzar el yelmo que me arrancó de un golpe.

Dos: se lo lanzaré. Eso le obligará a cubrirse, así sea por acto reflejo.

Tres: atacaré el rostro. No espero alcanzarle, pero si obligarle apartar la vista.

Cuatro: Con el impulso del tajo viraré y me pondré a su espalda. Un sencillo juego de pies. No puedo arriesgarme a recibir un golpe frontal. No tengo fuerzas ni para desviar su acometida con mi hoja. Me partiría la muñeca. Sería mi fin.

Cinco: Si consigo situarme podre sajar uno de los talones. No necesito un corte profundo, solo tambalear a la bestia.

Sexto: Contratacará. Lo tengo claro. Deberé esquivar. Sus brazos son largos, ineficaces a distanciar cortas. Aprovecharé para placarle y lo haré

caer sobre la pierna herida.

Siete: Postrado, el monstruo redoblará su furia. Desprotegerá su cuello. Ahí clavaré mi espada.

Ocho: Tan cerca, solo podrá abrazarme para partirme la espalda. Empujaré la hoja con mi boca si hace falta. La bestia me despedazará, pero ¿qué importa? Salvaré a Mara. Su padre será un recuerdo heroico.

Y el último punto: Mara vivirá una buena vida. Olvidará mi desatino de atajar por el bosque de noche para llegar al pueblo. Tan solo recordará como di mi vida por ella. Mis enseñanzas se convertirán en dogmas. Elegirá un buen hombre, porque la enseñé bien. Mi sacrificio no se borrará de la historia. Se anexionará a la de mi pequeña, creando algo nuevo.

Mi cadáver y el de la bestia quedarán abrazados, listos para que un escultor cree la estatua que descanse en la plaza del pueblo, y donde los bardos cuenten mi hazaña a los niños que se acerquen a escucharle.

Tal vez entre ellos estén mis nietos, los hijos de Mara.

No hay tiempo que perder. Es hora de poner mi plan en práctica.

Me levanto y corro.

La pérdida de sangre no amilana mi espíritu, pero sí mi cuerpo. Me fallan las piernas. Tropiezo con el yelmo. Trastabillo hasta que caigo. Ruedo sobre mí mismo y choco contra la criatura.

Esta se gira y me mira. Su hocico se arruga cuando me muestra los colmillos. Se abalanza sobre mí.

Lo último que veo es a Mara, paralizada por el horror. No podrá escapar.

Alguien sopla sobre la chimenea. El polvo de mi historia se esparce y desaparece.

¿Por qué los planes nunca me salen bien?